

Aproximación al pensamiento de Unamuno

Alicia Villar Ezcurra*

«...**N**O te sacrifiques a las ideas muertas que se aprenden en los papeles. Las muertas son las enterradas en el sarcófago de las fórmulas. Las que tengas, ténlas como los huesos. ...Ténlas dentro, sin permitir que lleguen a ellas los jacobinos que, educados en la paleontología, nos toman de fósiles a todos, empeñados en desollarnos y descuartizarnos para lograr sus clasificaciones, conforme al esqueleto...»

Este texto, tomado de un temprano ensayo de Unamuno titulado: *iAdentro!*, nos muestra la dificultad que, aún 60 años después de su muerte, comporta exponer su pensamiento. El proyecto de clasificar y sistematizar sus afirmaciones se enfrenta con una obra y un hombre que rechaza las etiquetas y la tiranía de las ideas (1). Unamuno, a lo largo de su vida, se esfor-

* Profesora en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

(1) El propio Unamuno se califica «iconoclasta» o rompedor de ideas.

zó en no dejar huellas que permitieran definirle, adscribirle a un sistema o escuela. Por el contrario, él borraba sus huellas, como dice uno de sus personajes en *Niebla*.

Confesaba encontrar más compactos y coherentes, en su complejidad, a los escritores paradójicos y contradictorios que a los que se pasan la vida haciendo de apóstoles de una sola doctrina, esclavos de una idea.

¿Cuál es, entonces, el modo de estudiar su pensamiento? Ferrater Mora (2), señala tres modos de tratar la obra de un pensador: el modo erudito, el modo crítico y el interpretativo. Los que practican el modo interpretativo empiezan por simpatizar con el autor. Ello no significa identificarse con él, sino adentrarse en su obra, sus intenciones y presupuestos. Pensamos, al igual que Ferrater Mora, que ése es el modo más idóneo para abordar el pensamiento de Unamuno. Hay que bosquejar sus rasgos esenciales, señalando las preocupaciones constantes de su vida (3).

Trataremos de adentrarnos en este hombre de contrarios, donde los distintos elementos que se enfrentan componen lo que da unidad a su pensamiento: su propia lucha y agonía. Sus ideas (4) aunque a primera vista parecen contradecirse, en el fondo, son coherentes.

1. Sentido y problema de la obra de Unamuno

LA cuestión que se aborda aquí es saber qué podemos buscar y encontrar en la obra de Unamuno y qué relación tiene con la filosofía. El acercamiento a la obra de Unamuno debe tener en cuenta no sólo su biografía intelectual sino también su biografía privada, ya que para él cobra una importancia extraordinaria su vida interior y sus relaciones personales.

1.1 La dispersión

Es inútil buscar en las obras de Unamuno, ni siquiera en las que aparecen con mayores pretensiones intelectuales, un proceso lógico, deductivo.

(2) Ferrater Mora, J.: *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*. Alianza Universidad, Madrid, 1985, p. 9.

(3) Unamuno, M.: *Del sentimiento trágico de la vida*. Espasa-Calpe. Colección Austral, Madrid, 1982, XI, p. 221.

(4) Véase en este punto: Orringer Nelson, R.: *Unamuno y los protestantes liberales*. Ed. Gredos, 1985.

Su pensamiento, tal como insisten expositores y comentaristas, es asistemático. El propio Unamuno se encargó de repetírnoslo múltiples veces. Ahora bien, como indica José Luis Aranguren, la asistematicidad en Unamuno no significa que no exista una riqueza de contenido. Como todo gran pensador está siempre disponible para oírle decir, precisamente, lo que necesitamos en cada ocasión.

En el caso de Unamuno la asistematicidad tampoco se debe a ineptitud o incapacidad (5). No se trata ni de casualidad ni de fracaso, sino de algo querido y buscado. Se trata de una necesidad del pensamiento concreto que quiere respetar las cosas mismas sobre las que se aplica. De acuerdo con F. Meyer «tal actitud, cuyo equívoco debemos respetar si queremos llegar lo más cerca posible a la intuición espiritual de Unamuno, está ligada a una experiencia original del ser que la justifica» (6). Para este autor, la «incoherencia unamuniana es algo conscientemente buscado y ligada a una intuición esencial de la contradicción como estatuto de ser» (7).

Esta caracterización haría pensar en los aforismos. Sin embargo, sería un profundo error creer que Unamuno es escritor aforístico. El escritor aforístico corta las raíces de donde ha brotado su pensamiento para mostrarlo aislado. El aforismo suprime artificialmente los soportes necesarios de la hermenéutica. En Unamuno, por el contrario, el aislamiento de sus frases es discontinuidad, no detención. Nada aparece como concluido, sino como problemático y fragmentario.

Al mismo tiempo, es posible encontrar una profunda unidad en toda su obra tan dispersa. Unidad que llega a ser, como él mismo dice, monotonía. El tema de Unamuno, es, por ello único. Siempre se encuentran las mismas inquietudes en cualquier libro. La forma de lograr la unidad, a pesar del carácter asistemático de su obra, es la reiteración, la repetición. De algún modo se sigue el «orden del corazón» que Pascal describía en el fragmento 283 de *Pensamientos*:

«... El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo, que es por principio y demostración; el corazón tiene otro... Este orden consiste principalmente en la digresión sobre cada punto que se relaciona con el fin, para mostrarlo siempre.»

(5) Sobre esta cuestión véase: Carpio, A. P.: *Unamuno, filósofo de la subjetividad*, en *Miguel de Unamuno*, edición de A. Sánchez Barbudo, Taurus, Madrid, 1980, pp. 123-151.

(6) Meyer, F.: *La ontología de Miguel de Unamuno*. Ed. Gredos, Madrid, 1962, p. 8.

(7) *Ibidem*.

1.2 Unamuno y la filosofía

Las cuestiones que Unamuno repite coinciden con algunos de los problemas filosóficos más importantes. Para muchos las cuestiones filosóficas sólo tienen un interés formativo, En otro hay, además, una preocupación personal sobre estos problemas. Este es el caso de Unamuno. Quizá por ello, se explica su rebeldía contra los géneros, los arquetipos, los moldes (8). Lo que se vive individualmente, íntimamente, difícilmente se puede generalizar.

No obstante, aunque a veces se califica su obra sólo de literaria, en él puede encontrarse filosofía, poesía y religión. Él mismo confesó que no quería dar por filosofía «lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología, en todo caso» (9). Pero tampoco estaba totalmente seguro de que sólo fuera poesía y por eso interpone ese «acaso». En otras ocasiones, esa situación se vive con tristeza y piensa: «nunca pasaré de ser un pobre escritor, es lo que trae consigo el querer promiscuar» (10). La filosofía y la poesía son para él almas gemelas.

González Caminero califica a Unamuno, por ello, de *sentidor*. Los conceptos siempre le parecieron una máscara que ocultaba la verdadera realidad. Él prefería escribir cosas sentidas y que la gente le tuviese por un gran sentidor de los problemas de la vida. «El que busque razones, lo que estrictamente llamamos tales, argumentos científicos, consideraciones técnicamente lógicas, puede renunciar a seguirme» (11).

Unamuno siguió la tradición de San Pablo, San Agustín, Pascal y Kierkegaard. La cuestión de Unamuno y la filosofía se desdobra a su vez en dos:

- ¿Cuál fue su idea de la filosofía?
- ¿Cuál fue la preocupación fundamental que da unidad a su obra?

(8) Carlos París señala cómo en una ideología cultural estereotipada, la cultura es algo que se intenta encajar en compartimentos estancos, acusando de intrusismo a quien no sigue esa convención. Cada ámbito cultural debe seguir requisitos formales de exposición, y se olvida, así, la profunda unidad de la vida. Unamuno se rebela ante tales moldes y denuncia la especialización del trabajo.

París, C.: *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*. Ed. Península, Barcelona, 1968.

(9) *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 121.

(10) *Amor y pedagogía*. Eólogo.

(11) *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 121.

1.2.1 Idea de la filosofía en Unamuno

SI para Unamuno poesía y filosofía son almas gemelas, también considera que la filosofía se relaciona con la religión. Esta actitud tiene sus raíces en su desconfianza, en su «sospecha» de la razón. La razón, por sí sola, no puede responder a todos los problemas que plantea la vida. Por ello, el quehacer filosófico se convierte en un esfuerzo por vitalizar la razón y racionalizar la vida (12). La filosofía como concepción del mundo y de la vida es la reacción al misterio de la realidad. Brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. El hombre que parte de una cierta actitud primaria ante la vida, para poder vivir, para saber a qué atenerse y qué hacer necesita hacerse comprensible esa realidad que encuentra. Unamuno encarna la actitud vital, originaria del filosofar. Por este motivo, se explica que para Unamuno el hombre sea a la vez el sujeto y el supremo objeto de toda la filosofía.

«Estoy lejos de la filosofía técnica. Cada vez la entiendo menos. La filosofía técnica no es más que filología... La verdadera filosofía tiene sus raíces en algo más hondo, es una cosa misma con el hombre, con el hombre concreto y completo...» (13).

1.2.2 El problema fundamental

¿CUAL es el problema central que aparece en todos sus escritos y sobre el que se produce esa reiteración que da unidad a su obra?

En su ensayo titulado: *Soledad*, publicado en 1905, nos dice:

«Estoy convencido de que no hay más que un sólo afán, uno solo y el mismo para todos los hombres. La cuestión humana, es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera.»

Esta vivencia es una constante a lo largo de la evolución del pensamiento de Unamuno. En la madurez *Del sentimiento trágico de la vida*, reitera:

«Este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de todas las filosofías» (14).

(12) Esta es la idea que se expresa a lo largo del cap. VI *Del sentimiento trágico de la vida*.

(13) Citado por F. Meyer, p. 10.

(14) *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 25.

Unamuno hace del hombre el tema primordial de la filosofía y crítica la de aquellos que olvidan el hombre concreto y tratan de reducir todas las realidades a un solo principio. De este modo, vincula el objeto de la filosofía con el de su íntima preocupación y desde esta perspectiva enjuicia a las posturas diferentes a las suyas.

Nunca se pronunció de modo tan tajante la condición humana de la filosofía y la terrenal constitución del filósofo. La búsqueda del «hombre de carne y hueso» sitúa a Unamuno en un nivel en el que todo vitalismo o existencialismo parecen formulaciones teóricas. No es lo mismo preocuparse por lo humano que por el hombre real. Busca, por encima de todo, la verdad de un modo que recuerda a Rousseau cuando exclamaba que era, más que un filósofo, un pensador sincero que busca la verdad.

El punto de partida intelectual de Unamuno es la doctrina de Spinoza de que toda cosa tiende a perseverar indefinidamente en su ser. A este «conato» Unamuno le llama a veces apetito de infinidad. Se trata de alcanzar la garantía de la inmortalidad porque ésta es necesaria para vivir la vida pasajera. Meyer señala, no obstante, que esta expresión la emplea para otro propósito: la avidez ontológica.

En *Del sentimiento trágico de la vida* hace suya la tesis de que la inmortalidad del alma no se puede probar racionalmente y que es más probable para la razón su mortalidad. Pero por otra parte, dice que se trata del único problema vital auténtico y, efectivamente, él vive este problema con una intensidad poco frecuente. Movidio por el terror a la nada, al abismo: «O todo o nada» (15), se aferra a la esperanza. El sentimiento no transige con términos medios.

«No he querido callar lo que callan otros; he querido poner al desnudo, no ya mi alma, sino el alma humana, sea ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer. Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital» (16).

Si a Unamuno se le hubiera planteado la pregunta: ¿cuál es el problema más importante para el hombre?, habría contestado que es el del destino último del hombre, la inmortalidad del alma. El concepto antropológico de pervivencia es el centro referencial del pensamiento de Unamuno. En este punto casi todos los comentaristas parecen coincidir. Unamuno se negaba a ser aniquilado y se enfrentaba con el empeño que la razón pone en la posibilidad de pervivencia. En este sentido, la razón es enemiga de la vida. La inmortalidad del alma es, para él, una verdad cordial y antirracional al mismo tiempo.

(15) *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 108.

(16) *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 121.

2. La razón

UNAMUNO ve la incapacidad de la razón para llegar al individuo. Para él, la razón es, ante todo, el pensamiento discursivo, la facultad de apresar en fórmulas fijas y universales sus objetos. Desde esta perspectiva, la razón no es apta para captar la vida que es algo individual y cambiante. Unamuno se mueve en el ámbito de ideas de la filosofía de principio de siglo, sin plantearse siquiera la posibilidad de llegar a otra idea de razón, según la cual la misión de ésta sería aprehender la realidad tal y como es, no imprimiéndole un molde.

Sin embargo, hay que evitar el error de suponer que el pensamiento filosófico de Unamuno estaba avocado a un triunfo de la irracionalidad sobre la razón. Cuando fue conveniente escribió también que «la razón tiene sus exigencias tan imperiosas como la vida». Por este motivo, F. Meyer ve en Unamuno una forma kantiana de pensar, al limitar las pretensiones de la razón. Así no puede prescindir de la razón, aun cuando se aparta de ella. En su «Diario íntimo» esta actitud aparece traducida en distintas fórmulas. En el instante en que más inmerso se halla en lo irracional acude la razón a despertarle. El hombre de carne y hueso está constituido por la razón y el sentimiento, integrando dos mundos en lucha. Su eterna coexistencia en lucha es, precisamente, lo que motiva la tragedia. Vivir como un ser humano y vivir trágicamente son la misma cosa. «Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional» (17). La trágica historia del pensamiento humano es una lucha entre la razón y la vida.

3. El Unamuno agonista

PARA la mayoría de los intérpretes el rasgo que más define el pensamiento de Unamuno y por el que mejor se le conoce es el de agonista.

Si la exigencia de inmortalidad personal y la imposibilidad personal de demostrarla es el punto de partida afectivo de sus preocupaciones, también hay que recordar que la conciencia para él, no es algo abstracto, sino producto del dolor. La conciencia es una realidad vivida a través del sentimiento. Ser hombre, plenamente, es ser consciente de un modo doloroso de nuestra temporalidad ya que, paradójicamente, lo esencial de la conciencia es la

(17) *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. VI, p. 111.

imposibilidad de concebirse a sí misma como no existente, aunque por otra parte, la razón dude de la imposibilidad real de la inmortalidad. De ahí la *agonía*. *La angustia y el terror a la nada* crean la necesidad de lanzarse a la búsqueda de lo perdido. El corazón se enfrenta con la cabeza y del choque renace la angustia.

La desesperación llega a convertirse en esperanza y se justifica a sí misma, puesto que de la lucha nació mayor conciencia. La vida más honda, más auténtica, debe ser así agónica. Los enemigos de esta agonía no sólo son la razón y la muerte, sino también la abulia, la inconsciencia y la paz.

Unamuno saca de su desesperanza otra justificación: el llevar a los demás no a la paz, sino a la guerra, la espada, ésta es la misión que da sentido a su paso por la tierra. La armonía está en la contradicción. El equilibrio en la paradoja.

«¡Contradicción!, inaturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha sin victoria ni esperanza en ella; es contradicción» (18).

4. La preocupación religiosa

LA preocupación religiosa es central en la vida y obra de Unamuno. Desde que empieza a escribir hasta su muerte toda su actividad es un continuo retomar los problemas religiosos. Ningún comentarista pone en duda esta preocupación. González Caminero (19) piensa que Unamuno vivió el problema del cristiano hondamente, como pocos de sus contemporáneos. Junto a la coincidencia al considerar a Unamuno como un espíritu religioso, se dan las mayores discrepancias cuando se trata de atribuir un contenido a esa religiosidad.

Hernán Benítez indica que Unamuno tenía la cabeza protestante y el corazón católico. L. S. Granjel piensa que fue un reformador religioso ante católicos y protestantes. Aranguren cree que fue uno de los reformadores más grandes. Nelson Orriger le califica como rischileano cristiano. Las etiquetas más frecuentes que se barajan al intentar definirle son: católico, protestante, panteísta, místico, escéptico y ateo; cada una de ellas recoge parte de la personalidad de Unamuno dejando fuera otros aspectos.

(18) *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. I, p. 36.

(19) González Caminero, N.: *Unamuno: trayectoria de su ideología y de su crisis religiosa*. Universidad Pontificia de Comillas. Santander, 1948.

José Luis Abellán ve, por ello, un cierto eclecticismo y el intento, sobre todo, de inventar su propia religión: el catolicismo popular español. Para Abellán este catolicismo consiste en la preocupación por su propio yo y en su proyección tras la muerte (20).

Unamuno no contesta a las cuestiones sobre Dios como lo harían los filósofos que echan mano de argumentos. La tragedia que alienta al pensamiento de Unamuno alcanza de un modo especial a este problema. El tema de Dios queda flotando, más que ningún otro en paradojas. El nombre que Unamuno asigna a su visión de Dios es: «imi Dios hereje!» Un Dios que duda de sí mismo y que a lo largo de esta duda se va haciendo a sí mismo y va haciendo al hombre. En consecuencia, tal concepción de Dios se resiste a la prueba racional que muestre su realidad, pero se ofrece a la querencia. Porque creer en Dios es querer que haya Dios. La querencia no es mero deseo, es ansia, anhelo. El soñador del mundo es a su vez soñado. Fe que no duda es para Unamuno fe muerta. La duda (pascaliana, no cartesiana), la duda de la vida, supone la dualidad del combate. Esta es la idea que se vierte en «La agonía del cristianismo». Si creo en Dios, o quiero creer en Él es, ante todo, porque quiero que Dios exista y, después, porque se me revela por vía cordial. Esta vía cordial de acceso a la divinidad está afectada en Unamuno, por su anhelo de inmortalidad y se halla en función de éste. Se trata de buscar a Dios por ser el garantizador de la inmortalidad personal. Lo que buscamos en Dios es nuestra eternidad. Dios viene a ser nuestro yo, proyectado al infinito.

La posición de Unamuno se va haciendo cada vez más heterodoxa. En *Del sentimiento trágico de la vida* afirma: «Necesitamos a Dios para salvar al Universo de la nada y para salvar la existencia». Hacia 1933 piensa que «toda la teología es una egología». González Caminero cree que todos los conceptos de Unamuno giran en torno suyo y están supeditados al deseo de perdurar, debido, como indica José Luis Abellán, a su obsesiva preocupación por el yo.

5. La actualidad de Unamuno

A pesar de todos los estudios realizados sobre sus textos, ensayos y cartas, Unamuno es un autor inagotable. No sólo

(20) Abellán, J. L.: *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*. Tecnos, Madrid, 1964.

porque sus obras, problemas y cuestiones, sean inagotables, sino, sobre todo, porque ha dicho cosas de «bulto o sustancia».

No podía ser de otro modo en quien no quiso escindir el pensar del sentir, tal como lo atestiguan algunos de sus versos:

«Piensa el sentimiento, siente el pensamiento...

Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido

¿Sentimiento puro? Quien ello crea,

de la fuente del sentir nunca ha llegado

a la vida y honda vena» (21).

El sentimiento no es consecuencia de una concepción filosófica, sino su causa. La filosofía de Unamuno brota de su sentimiento respecto de la vida misma.

«Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez...

...El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón...» (22).

Contra los valores afectivos de Unamuno no valen razones. De ahí que su originalidad persista a pesar de los numerosos estudios que se han realizado para descubrir sus influencias, sus lecturas. Las referencias, en efecto, pueden multiplicarse: San Agustín, Pascal, Kierkegaard, los protestantes, los liberales... Pero la filosofía de Unamuno es inagotable por ser una filosofía personal, vivida y sentida, cargada más de sabiduría que de ciencia, como él decía de los autores en los que se veía reflejado. En su ensayo «Cómo se hace una novela» afirmaba: «No hay más profunda filosofía que la contemplación de cómo se filosofa». La auténtica filosofía de Unamuno está tanto en sus contenidos, como en la forma de filosofar, que él convierte, casi, en una forma de vida. De ahí que la obra de Unamuno tenga siempre algo que decirnos y la pregunta por el significado de su pensamiento esté siempre vigente.

De algún modo se cumple el deseo que él formuló en su ensayo *Mi religión*:

«Yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como

(21) Unamuno, M. de: *Obras completas*. «Poesía», Ed. Escelicer, Vol. VI, Madrid, 1966, pp. 168-9.

(22) *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. I, p. 28.

cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única. Huyo como de la peste de que me clasifiquen. Quiero morirme oyendo preguntar de mí ¿y qué es este señor?»

Hay quien dice que Unamuno iba demasiado lejos en su ergumenismo personal. Pero, como subraya Ferrater Mora, sólo las verdades pueden exagerarse, de lo demás no vale la pena hablar. El pensamiento de Unamuno siempre tendrá actualidad porque su empeño fue hacer pensar en las cosas fundamentales. Esta fue su convicción presente a lo largo de toda la vida y obra. Para finalizar recogemos un texto perteneciente a su ensayo *Mi religión* donde se expresa claramente esta vocación:

«A los que preguntan ¿qué soluciones traes?, les diré que si quieren soluciones que acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo...

...Yo he buscado siempre agitar, y a lo sumo sugerir más que instruir».